

# Autenticidad y masoquismo

*Jorge Alemán Lavigne*

«Sabemos de sobra que, por ejemplo, una auténtica y gran amistad no surge ni consiste en que un yo y un tú se miren mutuamente con emocionada dicha en esa su relación yo-tú distrayéndose o divirtiéndose o entreteniéndose mutuamente (el uno al otro y el otro al uno) con banales cuitas de sus almas, sino que esa amistad crece, se mantiene y cobra firmeza en una auténtica pasión por una cosa común, lo cual no excluye sino que exige que cada uno tenga su propia y distinta ocupación, su propia y distinta obra, su propia y distinta cosa que hacer y la haga de forma distinta...»

MARTÍN HEIDEGGER, *Introducción a la filosofía*

I. En *Ser y Tiempo*, el texto de Heidegger de 1927, en la presentación de la llamada *Analítica existencial del Dasein*, el lector de Freud y el clínico del psicoanálisis encuentran con asombro que Heidegger, al proponerse mostrar el carácter finito y negativo de la existencia, señala que la manifestación más radical de la misma es que el ser ahí está construido desde la culpa y la deuda. La opacidad del *Dasein* se diferencia de la transparencia del *cogito* que rige la subjetividad moderna por el hecho mismo de que el *Dasein*, que se pregunta por la diferencia entre el ser y el ente, presenta como huella inaugural de su finitud, como marca irremediable de su ausencia de plenitud, el estar atravesado de entrada por un defecto: pero no se trata de un déficit de algo, no falta ni esto ni aquello, es el mismo ser el que es defectuoso y, para decirlo en términos heideggerianos, es un defecto ontológico, vale decir, estructural, que se da en el advenimiento del ser en el mundo. Antes de que toda conciencia se instale, antes que toda pregunta kantiana sobre qué debo hacer o esperar sea formulada. El *Dasein* está en la deuda y es culpable. El *ser ahí* es deudor y culpable, en primer lugar, porque su existencia ha sido arrojada al mundo, no se ha puesto a sí misma: es un no ser en su propio surgimiento, está anclada, desde el origen, en circunstancias que no ha elegido y que no puede rebasar. No hay nada en la existencia que le permita concebirse como dueña de sí; la misma ha sido *deyectada* en el mundo, sin fundamento alguno y, aunque el ser se encuentre con sus posibilidades, éstas no sólo no son ilimitadas sino que están res-

tringidas por las características mismas del estar arrojado. Esta dimensión finita y negativa del ser le impone a la existencia la condición patética de estar siempre más acá de sus posibilidades, surgir y permanecer en lo inauténtico y refugiarse de su desamparo radical en las habladurías cotidianas. La permanencia de la culpa y la deuda se sostienen en una anterioridad lógica con respecto a cualquier emanación de la conciencia moral. Se puede tener una deuda tras otra, contravenir leyes, lesionar el derecho del otro, estar en infracción. Estas diversas modalidades no sólo no condicionan la deuda y la culpa originarias, sino que la prosiguen. Dicho de otro modo: la culpabilidad fundamental constituye la condición de posibilidad de las distintas faltas y endeudamientos que se contraen eventualmente con la realidad. Por lo mismo, el ser, al no estar nunca en posesión de su ser más propio, no es más que un proyecto, una insistencia.

Más allá de la terminología filosófica, el lector del texto freudiano sabrá quizás encontrar en la presentación de la analítica de la existencia, las huellas del relato neurótico. ¿Qué otra cosa profiere el neurótico cuando arremete contra lo vano de la existencia modulando su falta de ser, en la espera de que algún sentido venga a paliarla? Si hay un afecto primario en relación a la palabra es, justamente, el que se consagra en la queja neurótica al traducir subjetivamente esta falta de ser, impuesta en el sujeto por la estructura del lenguaje. El dolor que el sujeto se procura a sí mismo, más allá de toda intención, la rumiación incesante de una deuda anterior a cualquier prestación, el sentimiento de culpabilidad previo a todo accionar, la desidia obligada, la compulsión a trabajar, son las formas elementales que ilustran la tachadura subjetiva que Lacan supo mostrar en su forma estructural. A saber: el sujeto que surge de los significantes que organizan su advenimiento no encuentra el modo de localizar su ser en símbolo alguno. La castración, en el sentido freudiano, quiere decir que el acceso a un ser pleno de goce está prohibido a aquel que habla. El ser deudor y culpable de Heidegger se encuentra y se reformula en la lógica de Jacques Lacan: ahora es el sujeto del inconsciente el que traduce su falta de ser en términos de culpa y deuda.

De todos modos, la célebre cuestión heideggerana del «ser para la muerte», expresión que el mismo Lacan mantiene como un problema referido al fin del análisis en «Función y campo de la palabra», debe ser distinguida, por supuesto, de una mera rumiación obsesiva sobre la muerte: pues no se trata de una clausura sobre sí mismo, sino de una apertura, una apertura a una posibilidad, la más propia, singular y a la vez intransferible, porque nadie puede ocupar ese lugar sino el ser que en eso es requerido. Es cierto, según Lacan, que el sujeto puede asumir semejante singularidad, y ésta no

será una mera veleidad del yo que esté ocultando el modo particular fantasmático de gozar, si pasa necesariamente por la castración.

A su vez hay que destacar que el lugar de la muerte en la analítica existencial conduce al problema de la «decisión». A partir de ahí, una experiencia imposible o la posibilidad de «una imposibilidad» intransferible, debe ser decidida. Mientras la muerte impersonal y anónima aún está en el ámbito de la «impropiedad», el «ser para la muerte» es una operación que, recordemos, no implica ningún contenido a realizar, pues incluso ni siquiera se trata de significar la muerte, es un vaciamiento del *pathos* siempre presente en la rumiación de la deuda y la culpa. Es a partir del ser deudor y culpable, cuando el *Dasein* «en su “impropiedad” es llamado a “apropiarse de...”». A su vez las condiciones de esta experiencia exigen una determinada situación. Tal como lo recuerda Agamben, en el campo de concentración, al haberse destruido la distancia entre lo propio y lo impropio, en ese lugar donde la «fábrica de cadáveres» prosigue un automatismo regular y sin corte, el *Dasein* no puede hacer ya la experiencia. Para poder querer o no, al propio *Dasein*, se debe respetar la contingencia en la que estructuralmente se da el caso, esa donde pueda decidir su «asunción». Ninguna determinación del *ser ahí*, al modo de un ente, ya sea como determinación biológico-racista, ya sea su sublimación actual que busca el resorte genético de las elecciones, respeta esta condición de contingencia y decisión. El *Dasein*, tal como el \$ lacaniano, se opone y se «resta» de la oposición animal-humano, individuo-sociedad, infantil-adulto, su «enraizamiento» en la facticidad hace que se presente siempre como una excepción con respecto al para-todos. Lo que en psicoanálisis se llama castración, es decir, la imposibilidad del sujeto de unificarse tanto en su cuerpo como en el sentido de su existencia, es el punto de partida a través del cual el sujeto es apropiado y expropiado por la tarea de su elección. Sólo hay castración donde el lenguaje y el goce de la pulsión se cruzan. En este aspecto, se puede afirmar que el goce no está presente en el animal en la medida en que el animal es «pobre en mundo». El «ser en el mundo», en tanto «*a priori* estructural y material», es el lugar para el psicoanálisis donde el lenguaje y el sexo se cruzan en el goce. La estructura del ser en el mundo en tanto *a priori* no se puede inferir, sólo cabe realizarla a «aquel que le va el ser». Es a esa realización fallida a la que en psicoanálisis llamamos inconsciente. El «ser ahí», al que sólo le cabe dar cumplimiento en su cotidianeidad al *a priori* que lo constituye, no puede hacer otra cosa que autointerpretarse, por razones de estructura, de un modo inauténtico, neurótico-psicótico. El ser ahí no sabe que es en su «ser en el mundo», del mismo modo que Lacan afirma que el sujeto no sabe quién es y qué es en

el discurso del Otro inconsciente. Ha sido Freud quien ha venido a mostrar en una experiencia de la palabra, que no hay apertura, «abrirse a», sin pasar por lo que se cifra en el inconsciente. En este aspecto, en la medida en que el saber del ser ahí nunca es una autoconciencia, su realización, su *impasse* en la apropiación de lo inauténtico se cumple en su alcance correspondiente si permite el «rodeo» por el inconsciente. Pero esta formulación toma distancia de esa posición frecuente en algunos seguidores de Heidegger, donde una vez que a partir del filósofo se dictamina que la modernidad estuvo dominada por una filosofía de la subjetividad, compacta, autoconsciente, sin fisuras, ahora debe ser destituida su primacía ontológica y en esa destitución se desentiende, entonces, de toda cuestión atinente a la subjetividad. Si es cierto que la historia de la modernidad ha conducido inexorablemente al triunfo del «sujeto metafísico», se trata, entonces, de interrogar en qué clase de condiciones puede ser pensada una subjetividad no metafísica. La destrucción del *cogito* realizada por Heidegger, no hay que olvidarlo, conducía en *Ser y Tiempo*, finalmente, a la propuesta de una hermenéutica del «yo soy». Es en lo que el psicoanálisis ha tomado, precisamente, sus derechos. A su vez ha sido Lacan el que ha mostrado una y otra vez que la metafísica del sujeto, a lo largo de la historia, nunca pudo –aunque ese haya sido su anhelo– terminar de presentar a ese sujeto transparente sin fisuras y dueño de sí.

El «ser para la muerte» puede ser calibrado, precisamente, como una apertura a aquello que en el Otro constituye un comienzo siempre nuevo, irreductible a toda homologación. La noción de sujeto en Lacan permite captar el ser para la muerte bajo esa nueva forma de dignidad: el sujeto que a la vez que asume el legado que le corresponde lo hace en tanto comienzo de algo, singular e irrepetible.

De hecho, lo que nos enseña el paciente que, agravado de una enfermedad mortal, continúa aún su experiencia analítica hasta el confín de sus fuerzas es, precisamente, que el «ser para la muerte» no es morir biológicamente al final, sino la intención fundamental de no querer morir como un animal, es decir, no morir solamente como un ser vivo, y es justamente ésa la asunción del sujeto del inconsciente. Proseguir en la serie del significante, permanecer en su combinatoria más allá de cualquier restricción vital, es lo que revela al sujeto del inconsciente como algo distinto del ser vivo, pero también animado, a veces, por la voluntad de permanecer en la serie de significantes más allá de cualquier fantasma de eternidad o trascendencia.

El concepto de castración introduce lo que el pensador de *Ser y Tiempo* había eludido, el compromiso del ser con el goce, al hacer comparecer en